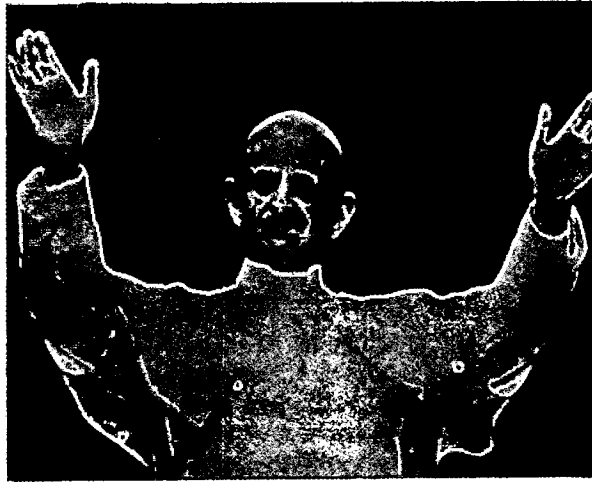


# EL PAPA ANTE LA FAO



Señor Presidente  
Señor Secretario General,  
Señoras y Señores:

**La sociedad humana parece hasta ahora incapaz de afrontar el hambre en el mundo.**

**Se trata de un drama de vida o muerte para la humanidad que debe unirse para sobrevivir y por consiguiente aprender en primer lugar a compartir el pan de cada día.**

Con una gran dicha os saludamos hoy, señores participantes en la Conferencia Mundial de la Alimentación, reunida en Roma bajo los auspicios de las Naciones Unidas. Es el caso de decir que comulgamos intensamente con vuestras preocupaciones, pues nuestra misión es la de prolongar la enseñanza y la acción del Maestro, a quien el espectáculo de una muchedumbre hambrienta arrancó la conmovedora exclamación: "Me da lástima esta multitud... no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan por el camino".

A lo largo de estos últimos años, la situación descrita por nos en la Encíclica *Populorum Progressio* ha alcanzado proporciones mayormente alarmantes y lo que decíamos entonces ha ganado en actualidad: "hoy día, nadie puede ya ignorarlo, en continentes enteros son innumerables los niños subalimentados hasta el punto que un buen número de ellos muere en la tierna edad. El crecimiento físico y el desarrollo mental de muchos otros se ven con ello comprometidos y enteras regiones se ven así condenadas al más triste desaliento".

La documentación preparada por vuestra Conferencia describe los diversos aspectos del hambre y de la deficiente nutrición, detecta sus causas y se esfuerza en prever sus consecuencias, haciendo recurso a las estadísticas, a los estudios de mercado, a los índices de producción y de consumo. Dentro de su rigor, estas indicaciones adquieren una elocuencia trágica. ¿Qué ocurre, pues, cuando sobre el mismo terreno se entra en contacto con las realidades que ellas encubren? Catástrofes recientes de todo orden, sequías, inundaciones, guerras, engendran inmediatamente casos patéticos de penuria alimenticia. De manera menos espectacular, pero igualmente penosa, se imponen a la vista de todos las duras situaciones creadas en las clases faltas de lo necesario por la subida de los precios de los artículos, señal de escasez de los mismos, y por la disminución cada vez más acentuada de la ayuda alimentaria internacional, que había contribuido tan poderosamente, después de la última guerra, a la reconstrucción y al progreso de los pueblos.

La falta de alimentación tiene efectos remotos y a veces impredecibles. Tiene graves consecuencias para las generaciones del futuro y presentan peligros ambientales y sanitarios que ejercen sobre las poblaciones lesiones más profundas que las enfermedades latentes. Es de veras doloroso tener que llegar a semejante comprobación y tener que confesar que la sociedad humana parece hasta ahora incapaz de afrontar el hambre en el mundo, siendo así que se ha logrado un proceso técnico sin precedentes en todos los campos de la producción, como por ejemplo el de los fertilizantes y de la mecanización, o de la distribución y de los transportes.

Hace muy pocos años, en efecto, se esperaba de una o de otra manera la rapidez de la transmisión de las informaciones y de los bienes, así como los progre-

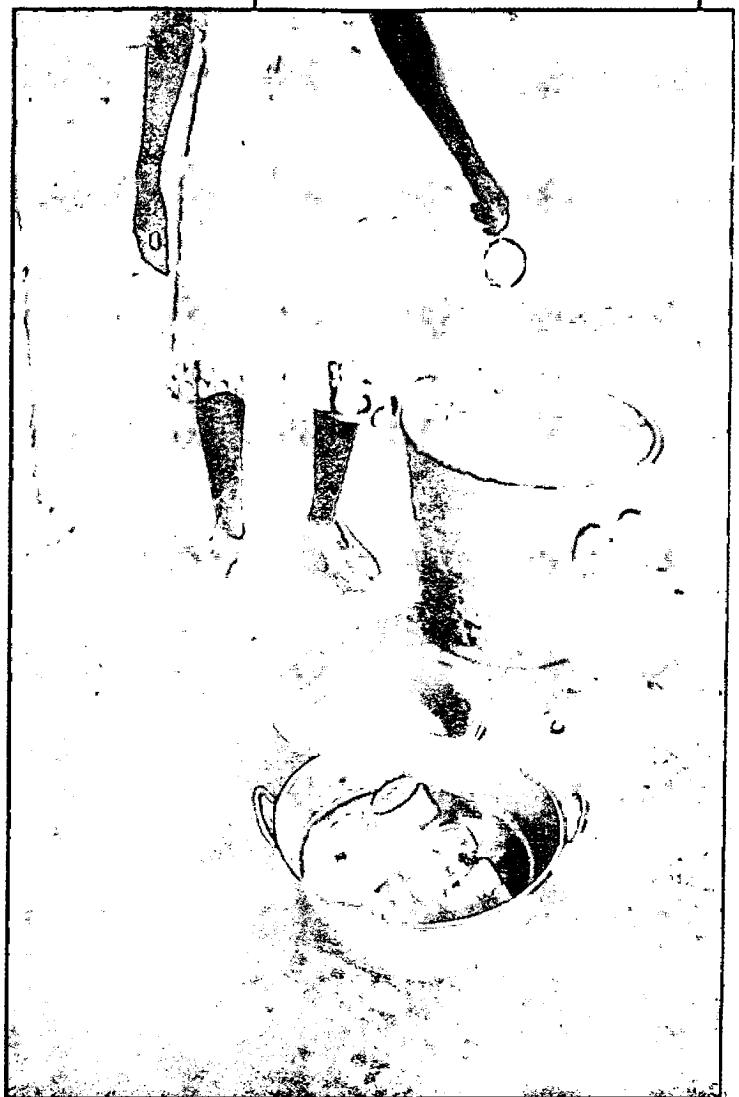
Los tecnológicos estarían en condiciones de eliminar rápidamente los riesgos del antiguo azote del hambre que sacudía por un largo período una nación o una extensa región en su totalidad. Estas esperanzas no se han realizado. De ahí la atmósfera de gravedad en que se desarrollan vuestros trabajos. De ahí también la esperanza mezclada de ansiedad que los rodea por parte de los pueblos de la Tierra.

Recordando las palabras que dirigíamos en 1965 a la Asamblea Mundial de la Juventud reunida bajo el signo de la campaña mundial contra el hambre: "se trata de un drama de vida y muerte para la humanidad que debe unirse para sobrevivir y por consiguiente aprender en primer lugar a compartir el pan de cada día", el que el Señor nos enseña que es nuestro, es decir, de todos y cada uno (alocución del 15 de octubre 1965).

A vosotros que estáis comprometidos en una tarea tan pesada, pero también tan rica de promesas os proponemos dos principios para guiar vuestros trabajos: por una parte, mirar de frente los datos del problema sin dejaros perturbar en su apreciación por el pánico o por una excesiva pusilanimidad. Por otra parte, sentirnos suficientemente estimulados por la urgencia y la prioridad absolutas de las necesidades que están en juego para no daros por satisfechos en cualquier caso de aplazamiento o de medidas insuficientes. Esta conferencia no lo resolverá; todo por sí sola, ni entra en su naturaleza el hacerlo.

Pero dará origen, en razón de la claridad y la energía de sus conclusiones, a una serie de compromisos eficaces y lealmente aceptados, o bien, contra la esperanza puesta en ella y a pesar de la buena voluntad de sus miembros, se habrá celebrado inútilmente. Suplicándoos evitar un tal desenlace, no dudamos en recordaros, transformándola, la llamada que lanzamos desde la tribuna de las Naciones Unidas: "nunca, nunca más la guerra" y os decimos: "nunca, nunca más el hambre".

**Nunca, nunca, nunca más el hambre.**



**Se impone el hecho escandaloso de enormes excedentes de artículos alimenticios que ciertos países destruyen periódicamente, por carecer de una sabia economía que habría asegurado su útil consumición.**

**La crisis presente aparece como una crisis de civilización y de solidaridad.**

**Una crisis de solidaridad que mantiene y acelera a veces los desequilibrios existentes entre los individuos, entre los grupos y entre los pueblos.**

Señoras y señores: este objetivo puede ser alcanzado. La amenaza del hambre y el peso de la insuficiente alimentación no son una fatalidad ineludible. La naturaleza no es infiel al hombre en esta crisis. Su potencial de producción sobre la tierra y en los mares sigue siendo inmensa y está todavía en gran parte sin explotar. Mientras que, según la opinión generalmente aceptada, un cincuenta por ciento de las tierras cultivables no han sido puestas aún en explotación, se impone el hecho escandaloso de enormes excedentes de artículos alimenticios que ciertos países destruyen periódicamente, por carecer de una sabia economía que habría asegurado su útil consumición. Y esto no son más que ilustraciones de un hecho que nadie contesta en su cruda realidad, por más que algunos duden de que sea posible extraer con suficiente rapidez de este potencial lo necesario para saciar el hambre de una humanidad en expansión. Y por "saciar el hambre" convenimos todos en decir que se entiende algo más que prolongar una existencia biológica mínima e infrahumana.

Se trata de "dar a cada hombre de qué comer para vivir, lo que se dice una verdadera vida de hombre capaz de asegurar con su trabajo la subsistencia de los suyos, y capacitado, por su inteligencia, para participar en el bien común de la sociedad a través de un compromiso libremente consentido y una actividad voluntariamente asumida". Es con miras a este nivel de vida que se formulan los cálculos de vuestros informes, según las cuales una acción capaz de nutrir la humanidad en crecimiento es posible en el plano técnico, pero requiere un esfuerzo considerable.

La crisis presente aparece, en efecto, como una crisis ante todo de civilización y de solidaridad. Una crisis de civilización y de método, que se manifiesta cuando el desarrollo de la vida en sociedad es afrontado desde un punto de vista unilateral, considerando solamente el modelo de sociedad que conduce a una civilización industrializada, es decir, poniendo una confianza excesiva en el automatismo de las soluciones puramente técnicas y olvidando los valores humanos fundamentales. Crisis que aparece cuando se acentúa la búsqueda sólo del éxito económico que deriva de las grandes ganancias de la industria, con el consiguiente abandono, casi total, del sector agrícola y la negligencia concomitante de sus más altos valores humanos y espirituales. Una crisis de solidaridad también, que mantiene y acelera a veces los desequilibrios existentes entre los individuos, entre los grupos y entre los pueblos, y que desafortunadamente en el resultado —la cosa es cada vez más evidente— de la insuficiente voluntad de contribuir a una mejor distribución de los recursos disponibles, especialmente a los países menos dotados y a los sectores humanos que viven esencialmente de una agricultura todavía primitiva.

Tocamos con ello la paradoja de la situación presente: la humanidad dispone de un dominio sin igual sobre el universo y dispone de instrumentos capaces de hacer rendir al máximo los recursos del mismo.

Recursos del mismo. Los poseedores de dichos instrumentos ¿quedarán paralizados ante el absurdo de una situación en la que la riqueza de unos pocos permita la persistencia de la miseria de la gran mayoría? ¿en la que el consumo de alimentos altamente enriquecidos y diversificados por parte de algunos pueblos se contente con los mínimos vitales concedidos a todos los demás? ¿en la que la inteligencia humana, aún pudiendo sustraer a su suerte a tantos enfermos graves, se inhiba ante la obligación de asegurar una alimentación adecuada a las poblaciones más vulnerables de la humanidad?

No se podría llegar a tal situación sin haber cometido graves errores de orientación, aunque a veces no fuese más que por negligencia u omisiones. Es ya hora de descubrir los fallos de los mecanismos para rectificar, o mejor, para enderezar totalmente la situación. Porque hay que satisfacer finalmente el derecho de cada uno a alimentarse según las necesidades específicas de su edad y actividad. Este hecho se funda sobre el destino primario de todos los bienes de la tierra a un uso universal y a la subsistencia de todos los hombres, por encima de cualquier apropiación particular. Cristo ha basado en el respeto de este derecho el juicio sobre toda vida humana. (Cfr. Mat. 25, 31-55.— Ahora bien, ante el examen de los términos del problema hay algunas constataciones que se imponen inmediatamente una de las causas más patentes del desorden actual reside en el alza de precios de los géneros alimenticios y de las materias necesarias para su producción, tales como los abonos, cuyos altos precios y escasez están quizá disminuyendo los benéficos efectos que con razón se esperaban de la "revolución verde". Esto no está con estrecha relación con las fluctuaciones de una producción planificada en vista de las perspectivas de beneficios que ofrece y no de las necesidades de la humanidad que hay que satisfacer. La disminución de las reservas alimenticias, que

constituye asimismo, una de las preocupaciones.

La preocupación del momento, es debido, al menos en parte, a ciertas acciones comerciales, cuyo resultado es no dejar disponible ninguna reserva para las víctimas de bruscas o imprevistas desgracias. Se constata una crisis general de alimentos y se prevé una ulterior agravación, mientras que en ciertas regiones especialmente bien situadas para asegurar excedentes y reservas de urgencia han sido reducidos de manera impresionante las superficies cultivables. Estamos ante contradicciones que manifiestan una crisis aguda de civilización, y puesto que tales fenómenos son fruto de acciones imprudentes, siempre es posible una corrección y reparación de errores con tal que se ponga en ello la inteligencia y valentía necesarias.

Hemos acordado la cantidad de alimentos necesarios para la vida de cada hombre. Pero el problema de la calidad tiene también su importancia y depende a la vez de una elección económica. La cuestión atañe especialmente a las naciones más industrializadas: en una atmósfera que tiende a contaminarse y ante el frenesí de crear sucedáneos artificiales de más rápida producción ¿se logrará salvaguardar con prudencia una alimentación sana, que no comporte riesgos graves para la salud de los consumidores, especialmente de los niños y de los jóvenes? ¿y cómo romper, en estas mismas naciones, con un consumo excesivo debido a la rigidez y a la abundancia de géneros, lo cual está probado ser nocivo para los interesados y deja además desprovistos a los otros? también en este terreno la situación exige vigilancia y valentía.

Con vistas a vuestra conferencia se han calculado con gran esmero las exigencias que comportaría la intensificación de la producción alimenticia en los países en vías de desarrollo, la puesta a punto de políticas y programas encaminados a mejorar la nutrición, las medidas para reforzar la seguridad alimenticia mundial.

Las cifras de estos cálculos, hechos sobre la base de los próximos diez años, rebasan sin duda con mucho el esfuerzo realizado hasta el presente, pero resultan modestas en relación con los presupuestos nacionales de los países afianzados o que disponen de liquidez internacional. Una crisis reciente ha modificado el reparto de estas liquideces, pero no ha disminuído su volumen. Ya en 1964, en ocasión de nuestro viaje a la India, hicimos un llamado a las naciones para que se constituyera mediante un compromiso verdaderamente amplio fruto especialmente de una reducción de los gastos de armamentos —un fondo destinado a dar un impulso decisivo a la promoción integral de las zonas menos favorecidas de la humanidad. Hoy ha sonado la hora de una decisión enérgica y sin escapatoria en la misma dirección.

Lo que el sentido de solidaridad, o más bien una elemental justicia social —que no consiste solamente en no “robar”, sino también en saber repartir— ¿no han conseguido todavía por imponerlo de los peligros del momento? o más bien los hombres se cegarán obstinadamente en su propia suerte y buscarán coartadas, como por ejemplo una acción irracional y unilateral contra el crecimiento demográfico en vez de ir a lo esencial?

**El absurdo de una situación en la que la riqueza de unos pocos permite la persistencia de la miseria de la gran mayoría.**

**Es hora de descubrir los fallos de los mecanismos para rectificar, o mejor, para enderezar totalmente la situación.**

**Este hecho se funda sobre el destino primario de todos los bienes de la tierra a un uso universal y a la subsistencia de todos los hombres, por encima de cualquier apropiación particular.**

